DESACELERACIÓN NARRATIVA

Aunque la música seguía sonando, en ese instante ninguno de los dos era capaz de escuchar la melodía. Se hablaban muy cerca, más de lo que la prudencia o cualquier norma de corrección social recomendaran. Sus ojos miraban con atención más allá, buscando en sus pupilas temblorosas respuestas a preguntas no formuladas. Su respiración se iba acelerando al ritmo que sus cuerpos buscaban, inexpertos, la mejor forma de aproximarse. Manuel respiró profundamente y alargó su mano derecha hasta acariciar su espalda, para atraerla hacia sí, entonces Ana cerró los ojos y se acercó, todavía más, a los labios entreabiertos de su compañero. Escuchaba con nitidez los latidos de su corazón, al tiempo que sentía su boca reseca por el nerviosismo acumulado en los últimos minutos. Se veía a sí misma como en una fotografía, como una imagen congelada en el tiempo, sorprendida con aquel chico al que apenas conocía, sin saber cómo habían llegado hasta allí. Se preguntaba qué pensaría él, si al final se decidiría a besarla. Antes de tener una respuesta sus labios ya se habían encontrado. Fue un beso fugaz, apenas perceptible, seguido de una mirada cómplice y una risa divertida.

DESCRIPCIÓN DINÁMICA

Y de repente, apareció. Allí estaba, como cada lunes a las tres de la tarde. Lo cierto es que ya la estaba esperando, escudriñando el estrecho portal por el que la había visto salir la primera vez. Era una mujer joven, no tendría más de treinta años, delgada y no demasiado alta. Nada en ella llamaba especialmente la atención. Sin embargo, para el conductor del tranvía, era imposible no mirarla. Aquella tarde de principios de verano soplaba una brisa suave que mecía con suavidad la finísima tela del vestido negro que llevaba. La seda del vestido enmarcaba una cintura estrecha y unas piernas bien contorneadas, al tiempo que el oscuro color de la tela resaltaba todavía más la palidez de su piel blanquísima, casi traslúcida, poco congruente con el tono de piel habitual en las mujeres lisboetas, que a esas alturas del año lucían ya un tono ligeramente bronceado. Sus cabellos ondulados caían con gracia sobre sus hombros, dejando apenas al descubierto los tirantes del vestido. La observó mientras cerraba con llave la puerta, tras de sí, y cómo revolvía en un bolso demasiado grande, buscando, posiblemente, unas gafas para protegerse del intenso sol del mediodía. Como si de pronto fuera consciente de que llegaba tarde a una cita importante, apuró el paso, y avanzó decidida entre los turistas que se entretenían en fotografiar los clásicos tranvías amarillos que subían empinadas cuestas bajo balcones llenos de flores de alegres colores. Su paso firme y ligero parecía adaptarse perfectamente a los resbaladizos adoquines de la calle. Apenas unos segundos más tarde la vio doblar la esquina y perderse en el entramado de callejuelas del barrio.

Luca Chao Pérez